

si salían á la superficie social algunos de los personajes que Cervantes delineó en sus aguas fuertes trazadas en la cautividad de la cárcel de Argamasilla. Basta consignar que, en el terreno de los hechos, *Don Quijote* está hoy aquejado del cerebro y del corazón, triste desventaja que lleva el *Ingenioso Hidalgo* de hoy sobre el de ayer, quien por lo menos mostraba el corazón muy sano y mejor dispuesto.

No creemos, con las observaciones consignadas en estos artículos, haber hecho ningún descubrimiento, ni intentamos actuar de exploradores de ninguna nueva Cólquida. Todas las regiones de los pueblos ibéricos se parecen por su común origen é historia, aunque haya en ellos rasgos etnográficos tan desemejantes como el sedimento céltico en la región vasco-navarra, el semita en la bética, el franco-lombardo en la catalana del Norte, y el greco-romano en la del litoral. Todos los pueblos de a España de ayer y de la de hoy han nutrido en lo íntimo de su alma nacional falanges innumerables de Quijotes: García de Paredes, Suero de Quiñones, el capitán Montoya, Don Juan Tenorio, Raimundo Lulio, Bernardo del Carpio, el Cid, y hasta nuestro Roger de Flor, aman lo inaudito, son espíritus que aman y viven en lucha desigual siempre y contra poderes opuestos dotados de descomunal y visible potencia, pero ellos acometen la empresa solo por amor á las dificultades mismas, puesto que sin ellas la desearían como cosa indigna de su afán de lucha. Representan el Prometeo perpetuo que desafía á Júpiter, mientras éste le mantiene aun aherrojado en los peñascos del Cáucaso.

Pero el *Quijote* de Cervantes no podía ser castellano viejo como Suero de Quiñones, sevillano como Don Juan, cántabro como Bernardo, ni catalán como Roger: el *Ingenioso Hidalgo* no podía ser más que manchego, porque la Mancha es única en España, y su topografía, raza, clima é idiosincrasia de sus habitantes, es peculiar y sin puntos de semejanza con las demás regiones españolas.

No olvide el lector que la Mancha ha dado hombres quizás de carácter y temple más enérgico, lo mismo para el bien que el mal, y esto es un indicio preciso para aquilatar la perspicacia de Cervantes en hacer manchego á Don Quijote. El episcopado español y el martirologio de los Santos cuentan con pocas figuras que se parezcan á aquel portento de prudencia, santidad, sabiduría y discreción que se llamó Santo Tomás de Villanueva, alma del espíritu religioso y patriótico del siglo XV, nacido en la Mancha y muerto Arzobispo de Valencia. Manchego fué el Beato Juan de Avila, llamado Apóstol de Andalucía, espíritu elevadísimo y el primer criterio del siglo XVI, de quien recibieron y acataron directas instrucciones un San Ignacio de Loyola, un San Francisco de Borja y Santa Teresa de Jesús.

Por doloroso contraste hay que añadir que manchegos fueron los célebres Golfines, bandoleros tenaces en infestar los montes de Toledo y Sierra Morena, los Juanillones y Juan Portela.

Pero hoy en la Mancha (y en esto se le parece el resto de España), no se tropieza ni con santos, ni con héroes, ni con bandidos con decoro. El alma nacional española no ofrece rasgos que puedan inspirar á ningún manco de Lepanto, héroes de tan portentosa grandeza como el eterno Don Quijote. Por formar parte la Mancha de España, no tenía que ser más fecunda ni más feliz que el todo. La lógica es implacable é incapaz de mistificación y la historia, *testis veritatis*, según Cicero, no ha de ser más benévola que aquella. El hijo de la región manchega por regla general padece el morbo inveterado de la apatía é indiferencia para el bien que

aqueja á todos los españoles. En sus ciudades, villas, aldeas, el alcoholismo, el juego, la blasfemia y la ignorancia, proporcionan una estadística á la criminalidad verdaderamente asombrosa. Patrimonios pingües pasan á manos de la usura, condiciones excepcionales de raza se mitigan en ciernes, y las joyas de familia, tesoro de arte retrospectivo de precio incalculable, la plata repujada, los tapices flamencos y los cuadros de gran mérito, vendidos á ruin precio, se filtran en las mesas de ruleta de los casinos mal llamados de recreo y reaparecen ornando las suntuosas moradas de algún *pareveu* de París, ó de algún jefe de *trust* norteamericano. La navaja de muelles, la cobarde herramienta de la alvosía, falta en poquitos bolsillos ó cinturones, y, manejada por el amilico, hace que la famosa calificación de «cabala en discordia» otorgada á España, sea tristemente justificada. La desidia, impiedad y la ignorancia hacen hoy del primer pueblo del mundo, según opinión de un autor extranjero, «una tribu berberisca sobrada de orgullo y exenta de conocimiento propio».

Con orar, estudiar y trabajar algo más, tal apreciación no sería tan justa. ¿Por qué no ha de surgir en nuestros días un Cervantes que induzca á los españoles á la oración, al estudio y al trabajo, con las mismas veras que el autor del *Quijote* combatió el egoísmo y levantó sobre el pavés á la generosidad y á la justicia? Es verdad que antes sería menester que surgiese quien se empeñara en enseñar que la oración no enpequeñece, que el estudio es indispensable y el trabajo obligatorio para todos.

ARTURO MABRIERA.

CUENTOS ESCOGIDOS

EL ABUELO.

Por la calle, bulliciosa y alegre, el abuelo camina lentamente, con peso automático y fardo, la cabeza levantada al cielo, como si, en su cara pálida, sus órbitas de ferias, involuntariamente elevadas hacia el sol radiante, hubieran querido revivir al calor de sus rayos.

Su mano temblorosa se apoya sobre el brazo de una mujer todavía joven, á la cual habla de vez en cuando:

—Luisa, ¿llegaremos pronto?

Todavía no; faltan diez minutos.

El abuelo replica:

—Tu voz está muy cambiada, ¿estás dolorida, fatigada?

Ella dice que no con la cabeza; pero como él no ha visto su gesto, insiste, y entonces ella dijo mirándole fijamente.

—No.

Luisa caminaba... Ella se acordaba entonces de sus cinco años de martirio, joven, pobre, no teniendo más que un sólo amigo, el abuelo, á quien sus parientes habían confiado al morir. Por lo mismo que él era su único sostén, ella era su único cargo de alegría, tanto, que un día cuando él lo había pedido, unir sus existencias, ella había dejado con abandono sus dedos blancos en sus manos. Después, cuando pálida esposa, ella sentía los labios babeantes posar en su boca cerrada el primer beso de amor, á él le hubo parecido que una sombra había descendido sobre su ser, y que una misma noche los envolvía á los dos...

La voz de su marido la sacó del profundo ensimismamiento en que se hallaba:

—¿Todavía estamos lejos?

Ella permaneció silenciosa.

—¿Es aquí?

—Sí.

Y entraron.

Él y plica:

—No sabemos á qué está muy alto. Conducéme hasta el ascensor.

Lo cogió por la mano y vió que el ascensor estaba suspendido en lo alto.

—No ha bajado todavía—dijo ella.—Aguardemos un instante.

Discretamente ella aguardó detrás de él, impulsada por sus pensamientos. Con un gesto maquinal apoya su mano sobre la puerta cerrada y se abrió de par en par.

Al principio sintió un estremecimiento; pero una fuerza invencible le empujaba. Sintió el vértigo del crimen dominándola. Ella oía sólo en sus oídos aturdidos una voz potente que la decía:

—¡Bah! No tienes más que hacer un movimiento y vendrá tu libertad, tu impunidad. No te pasará nada. Serás libre.

Y posó la mano sobre la espalda de su abuelo

—Entra allá, estarás así mejor para atenderte. Se puso delante. Dócil y obediente dió un paso, luego otro, y se dirigió hacia ella:

—Tienes razón. Estoy bien. Hay menos peligro de coger un aire. ¿No es verdad?

En un suspiro, dijo.

—Sí.

La voz; que la había hecho criminal, se tornó tónue, apagada.

Por toda su cuerpo pasaba una angustia de impaciencia y de frío.

Ella hubiera querido alguna cosa brusca, que al ascensor, monstruo vertiginoso, rompiera sus ataduras y se hundiera para que ella pudiera burlar la responsabilidad

—Dime, ¿será larga la ascensión?

Dominó todo su coraje para responder:

—Nada más que un instante.

Esta vez se acababa todo... Un golpe y luego la espantosa agonía, el cráneo deshecho, el cerebro sanguinolento y blanco... Ella lo veía todo mentalmente.

Este pobre cuerpo será una masa informe y no quedará nada de su ser.

Insensiblemente el ascensor subía. La mesa negra pasaba el último escalón de descansillo.

Ella exclama:

—¡Ah! ¡oh! ¡Més arriba! ¡más arriba! Y se abalanzó sobre el abuelo.

Pero él, sorprendido por esta inesperada acometida, se refugió en el fondo de la caja, exclamando:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

En la lucha horrible, él se agarró á las barras de la puerta que se cierra sobre ellos bruscamente, hasta que, comprendiendo la espantosa suerte, inevitable para los dos, la mujer llena de terror, con los ojos fuera de las órbitas, sacude furiosamente la vidriera.

....El ascensor proyectaba ya su sotratra sobre sus frentes. Aplasta sus cabezas, cruje sus nuca, hacina sus cuerpos deshechos, y como una barca que, sobre una mar tranquila se mece cuando los pescadores elevan sus remos, se posa sobre una charca sangrienta....

MAURICE LEVEL.

Tras la vidriera

—¿Vendrás?... Tal vez, ¡qué ventura! Me impaciento, cosa extraña, más vendrá, sé me figura, mi corazón lo asegura y el corazón no me engaña. Quiero ante él presentarme muy alica y muy bonita, él tendrá que adorarme... ¿Me dirá por engañarme todo lo de la cartita? No, no quiere, estoy segura. Dice que por mí se muere, y lo dice y me lo jura, y ayer lloró... ¿qué ventura! estoy segura, me quiere. ¿Que le habrá en mí enamorado? ¿Mis ojos? No, son chiquitos y azules, no le han gustado... ¡Señor! ¿Por qué no me has dado unos ojos más bonitos? ¿Mi boca? Seguramente; ó acaso mis labios rojos; ó acaso mi tersa frente; ó mi pelo... ¡dios elemental! le habría gustado mis ojos? No le sé. Sé que me adora, y que llora como un niño. ¿Le quiero? No, por ahora, mas me agrada ver que llora porque esto indica cariño...

Allí está en aquella esquina.

¡Corazón, no me engañaste! Me ocultará esta cortina... ¡Vaya! salió la vecina... ¡que oportuna te asomaste! Da una rabia... ¡si pudieras! ¡Y él la mira! ¿Qué estoy viéndote? Y no se va... ¡si él supiera lo mucho que estoy sufriendo!... ¿Saldré, no... Seguramente que era yo la que venía... Ella se fue; él está enfrente, la miró incoherentemente, ¡la victoria la sidó mía! Me quiere, sí; me imagino que de sus labios lo escuchó. Creo que no es desahito pensar esto... y lo advino. Me quiere, me quiere mucho! También le quiero, y ahora saldré para que me adore... Pero sí es tan seductora la idea de ver que llora...

..... Hoy no me asomo ¡que llore!...

PEDRO SABAU.

Noticias

Ayer martes hizo un año que falleció en Miguelurra la respetable señora doña Carmen Díaz Argüelles, esposa ó hija respectivamente de nuestros amigos D. Jesús Reja y D. Carlos Díaz Argüelles.

A dichos señores y apreciable familia les reiteramos nuestro pésame.

Por la dirección general de Agricultura Industria y Comercio, ha sido nombrado ayudante del servicio Agronómico de esta provincia el perito agrícola Don José María Gómez Rico.

Sea enhorabuena.

Continúa enferma de gravedad la respetable señora doña Ramona Díaz Aguirre, esposa del abogado y propietario de esta capital D. Angel del Monte y Puente, estimado amigo nuestro.

También continúa enfermo, pero bastante mejorado, el estudioso y aprovechado joven Joaquinito Zaldívar, hijo de nuestro amigo el comandante retirado del mismo apellido.

Nos alegraremos que dichos enfermos recobren pronto la salud.

El día 17 del mes actual falleció en esta población, á la avanzada edad de 78 años, el respetable señor D. José Ruiz de León y Marín, que por su caballerosidad, amor al trabajo y bondadoso carácter, había logrado conquistarse el aprecio y simpatías de todos los que tuvieron el gusto de tratarle.

Consagrado al ejercicio de una honrosa industria, ocupó durante algún tiempo y al par que á ésta, todos sus afanes y valiosas iniciativas al desempeño del cargo de concejal en este Ayuntamiento, señalando su paso por dicho centro con importantes mejoras y sanos proyectos, como el de la traída de aguas potables á esta población y otros que fuera posible enumerar.

El Sr. Ruiz de León, amantísimo padre, ha tenido el consuelo de morir rodeado de sus hijos, que lo han prodigado hasta el último momento todos los remedios y consuelos imaginables.

A la conducción del cadáver bien puede decirse que ha asistido el pueblo entero, deseoso de rendir el último homenaje al que fué buen padre, excelente amigo y correcto ciudadano.

La banda del municipio que dirige el respetado maestro Barrera, acompañó al cadáver tocando una inspirada marcha funeral, como tributo al que en vida fué el organizador y principal fundador de ella, siendo concejal del Ayuntamiento.

A la atribulada familia del difunto, sus hijos D. Julia, D. José, D. León y D. Ruperto, le enviamos el más sentido pésame por tan irreparable y dolorosa pérdida.

En la velada que celebró el domingo la sociedad «La Concordia» en el teatro de Cervantes, se puso en escena por los jóvenes aficionados las preciosas obras *El vecino de enfrente* y *La Indiana*.

Esta última, que es una inspirada zarzuela, fué descompenada admirablemente por las señoritas Elisa Blanco y Teresita Fernández, y los señores Enriquez, Lozano y Candelas.

Elisita Blanco cantó con la maestría que ella sabe hacerlo, viéndose constantemente oycionada.